

La biografía en Alfonso Rumazo González

Por Lupe RUMAZO*

V OY A LEGITIMAR AQUÍ la biografía desde la obra biográfica de Alfonso Rumazo González, centro de este ensayo mío. Su carácter de epigonal y de monumental en América así lo amerita. Claude Fell ha dejado constancia que es texto de estudio en la Sorbonne.

Sigo la ruta señalada por Marc Bloch respecto de la historia, a la cual también él legitimó intelectualmente, en su obra *Introducción a la historia*. Y lo hago dentro del criterio científico que exhorta el historiador. Es decir convencida, como también lo estuvo Alfonso Rumazo González, de que en historia y biografía con algunas variantes se trata siempre de una “ciencia de los hombres en el tiempo”, axioma de Bloch. Vale decir que están sujetas a la duración, esa duración que afecta a los hombres, a las sociedades, a las estructuras, a los hechos presentes y pasados. Entendiéndose además que tan importante es el presente como el pasado y que a éste se puede llegar desde aquél. Quiero además insistir en el carácter vital de biografía e historia según el señalamiento de Henri Pirenne, y a la vez hacer el deslinde correspondiente entre una y otra, distancia necesaria y que de no ser captada llevaría a apreciaciones desvirtuadoras. He tomado mucho de lo escrito por el propio Alfonso Rumazo González, a quien he hecho hablar muy en primer término. Se trata de su obra y además tuvo la autenticidad de someterla a las pruebas de la veracidad, de la responsabilidad. Empiezo para mi investigación por las “huellas”, como califica Bloch al documento.

Como una distinción determinante entre la escritura de la biografía y la historia, y aunque en ambas se inscriba, surge la manera cómo se adopta el documento. No habrá biografía real sin él, ni tampoco historia. Sin embargo, en términos de literatura, la presencia del documento en historia podría ir acodada con la literatura objeto, o literatura objetiva, como la nombra Roland Barthes en su estudio sobre Robbe Grillet. Desde una captación fenomenológica es evidente que el documento adquiere en la biografía un espesor más visceral, mientras que en la historia se ofrece como texto digno de una captación visual, no

* Escritora ecuatoriana, representante en Venezuela de la Sorbonne para la Literatura Comparada y miembro de la Sociedad Europea de Cultura; e-mail: <salzamora@telcel.net.ve>.

metafórica, de menor palpitación vital así describa muy grave suceso. Es la página que se desarrolla generalmente plana, que si bien denota un devenir, pareciera entregar una suerte de tiempo intemporal, sin mayor evolución en uno u otro sentido, como no sea el de sucesión. En la biografía, al contrario, el tiempo es lo determinante, tanto como el espacio, hasta constituirse los dos en binaria entidad. Espacio y tiempo en argamasa caminante, con la muchedumbre o singularidad de lo humano que en ellos se agita. Espacio, tiempo y humanidad que también existen *per se* en la historia, pero de muy otra manera. En uno y otro caso entra a actuar sin embargo un proceso dialéctico y como reactivo el criterio del escritor que será el determinante. Sólo que en la biografía, como señalo, con un agregado más, que es el de sobrepasar dentro de la literatura la literalidad y entregar una auténtica institución literaria. Será Barthes asimismo quien encuentre que lo característico del hecho literario fidedigno es convertirse en una institución literaria y que tal conlleva una problematicidad.

La problematicidad, en el caso de la biografía, es la pluralidad de aspectos con los que debe tratar y en ningún momento prescindir: sociología, antropología, economía, política, filosofía, psicología, geografía, aparte de la historia, necesariamente fundamental, todo desde un tratamiento literario. La literatura, en el caso de la biografía se convierte así en una polifonía. Y lo institucional en una estructura.

En Alfonso Rumazo González el documento —lo señala en el prólogo a la novena edición de *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*— trae una carga conceptual definida:

En la indagación histórica hay dos elementos —tesis de Henri Irénée en su libro *Del conocimiento histórico*: el documento, que es la una parte, y la otra, el criterio para valorar y relacionar ese documento, que a veces no es aprovechable sino en parte. El criterio es lo que se añade al dato, al documento. El criterio, de por sí, es una totalidad, una estructura compleja: psicológica, sociológica, filosófica; mensura las varias estructuras —macro y microestructuras; ve la oposición entre infra y superestructuras, y se interesa más por los elementos diferenciales que por los comunes de la evolución de las estructuras. Así, determinados documentos tendrán prelación sobre otros [E indaga en tal sentido como sustrato para el juzgamiento en] los beatificadores de la historia; en el documento testimonio de época, con un espacio temporal que le es propio y al cual se debe lealtad, y en el muy posterior, apenas si expurgador de un dato y dentro de un contexto dimensional que le es ajeno.

Más aún en 1993, en la presentación de las *8 grandes biografías* en Miraflores, en primera edición, publicada gracias al buido sentido histórico del presidente Velásquez, señala lo siguiente:

Al descifrar los principales documentos, di la importancia mayor a las cartas. En ellas se ordena, se confiesa, se destapa el alma para que se la vea. En las cartas, mucho más que en otro documento, se desnuda el *yo* y muestra sus predilecciones y sus pasiones, su desarrollo y la ausencia de éste. Bolívar exhibe en cada carta su genialidad; San Martín, sus decisiones fundadas en lo que le han aconsejado las logias masónicas. Ésta es la importancia de la biografía; muestra al hombre, creador o afrontado de hechos; denuncia y explica los errores, hace a los hombres individuos en descubierto; realidad que no puede dar la historia simplemente. Biografiar es mostrar reacciones, hablar del pensamiento, de la sensibilidad, de las expresiones del carácter, de lo poco o mucho que contiene la mente. Las cartas de Simón Rodríguez revelan su pobreza y la ironía que ésta le causaba. Las de O'Leary son en su mayoría superficiales. Las de Manuela no sugieren voluptuosidad alguna; en cambio, traen el trasunto de la política, de la ambición, de su temple más recio.

En época actual en que los estudios críticos literarios adquieren muy amplia acepción, pues incluso el término *género literario* ha sido discutido —léase a Todorov y su libro *Los géneros del discurso*— para incluir todo dentro de una gran estructura, que es la literatura —manes de Blanchot—, de uno u otro tipo, es evidente que la biografía no pueda ser definida, como ya lo hizo decimonómicamente Anderson Imbert, como lo no literario. De allí que la excluyera en su estudio de la literatura hispanoamericana. Indignado Alfonso Rumazo González escribirá en su libro inédito *Fijaciones*:

He venido a parar en inclasificable para los que hacen historia de la literatura. Escribo biografía, y eso no puede considerarse, según ellos, ni como literatura ni como historia. El clasificador argentino Enrique Anderson Imbert me dice: “Mis trabajos de crítica se refieren sólo a la literatura, no a la biografía”. Yo he preferido escribir biografía durante largos lustros —más de cuatro décadas— porque la biografía toma como centro una vida grande. Quise ver de muy cerca el hombre americano en su cabal grandeza; amo la excepción, no lo normal, no lo sin altura.

Estas vallas clasificadoras de miope criterio, que para Alfonso Rumazo González son dignas de “albañiles que se ocupan de hacer muros, de modo que cada escritor quede entre tapia y tapia” se muestran en varia medida como poco convincentes y contradicen el gran discurso

—asimismo discurso— que constituye el hecho literario en sí. Y muy en especial la biografía. Discurso en este caso que se corresponde con un diseño interior, abastecido de sí y con otro exterior de simbolismo y significaciones propias y en todo caso referencial. Es evidente que en la biografía los dos diseños andan juntos y de allí que se produzca un discurso especial, polifónico.

Aun Northrop Frye en *La escritura profana* establece que “ninguno de los géneros permanece aislado, y al tratar del romance —explica— tengo que aludir también a todos los demás aspectos de la literatura”. Lo cual es significar no sólo una contigüidad, sino una arboleda común.

Es por esto que, más allá del “género literario”, Alfonso Rumazo González con mirada de amplio hontanar escribe con rotundidad muy clara:

Dentro de los nuevos “corpa” críticos, ya no se aceptan aquellas divisiones-estanco de géneros literarios: admitirlas sería darle a la obra un predeterminismo de extrema rigidez. La biografía, como toda creación, es un sistema que responde a determinadas relaciones internas; en tal sentido, ofrece un mundo diferenciado. Hace una trabazón interna de historia y lenguaje, y se complementa con sociología, estudio de procesos políticos y económicos, psicología y necesarios trazos de lo decorativo. Forma, con todo eso, un conglomerado literario, portador además de relato, ensayo, filosofía. Su interés está en lo vital profundo que lleva en sí [y hace el deslinde necesario] Creo que entender la biografía como culto por lo heroico, o como proyección sobre una pantalla de personajes arquetípicos o modelos, sería partir de una concepción individualista de la historia, a lo Carlyle o a lo Emerson. Esta antigualla ya no la acepta ningún biógrafo moderno que conozca las teorías actuales de la historia, los procesos sociológicos, las relaciones hombre-política y hombre-economía. Si la biografía busca las figuras que transitan por lo alto, es porque con ellas plasma mejor esa totalidad de que he hablado. Además —y lo subrayo con línea intensa— el hombre grande es tanto una síntesis de un desenvolvimiento histórico importante, como una prefiguración de lo que vendrá después. Posee y muestra una conciencia colectiva, y aún mucho más que una conciencia colectiva. Se configura en tal ser lo que podría llamarse un lapso histórico con eternidad. La biografía quiere fijar y grabar esas vidas-resumen, que son a la vez vidas-causa, por la parte de enrumbamiento que tuvieron en los sucesos, frecuentemente en forma de estricta creatividad. Y aquí voy a citar a Marx, para tranquilidad de muchos. Marx dice que los hombres hacen la historia, pero bajo condiciones que les son dadas. Vale decir que toman y condensan lo recibido, y en ese campo siembran la dinámica de su originalidad; hacen historia. En la biografía de un personaje eminente, dirá Sartre, se

vincula la historia singular con la historia de la humanidad; un conjunto se traba con una serie de conjuntos, no sólo en sentido diacrónico sino también en uno sincrónico. De aquí emerge una conclusión importante: no quienquiera es biografiabile; no cualquiera, no un cualquiera, por excelencias de tipo individual que le quieran encontrar sus interesados devotos. Averigüese antes si ha hecho o no historia, o historia válida.

Razón más que decisoria para que Alfonso Rumazo González dedique fundamental estudio a la *Jerarquización de la biografía*. Encuentra que su amplio despliegue actual se corresponde muy seguramente con un fenómeno cultural social —no se podría prescindir de una base social—, con una acentuación de lo político y de lo religioso, con una preocupación especial por la historia, y otros factores imprescindibles en el hoy como son la economía y la indagación psicológica. Y después de hacer una investigación sobre el ir de la biografía a partir de *Las vidas paralelas* de Plutarco (siglo I, inmediatamente anterior a Cristo), advierte que

no han aparecido en Europa, poco a poco, sino vidas de santos, lo cual dura el milenio íntegro de la Edad Media. Muy contadas de esas vidas han quedado vigentes para nuestro tiempo, esencialmente laico. El bereber Agustín de Hipona; Carlomagno, fundador del Imperio Romano-Germánico; Mahoma, creador del islamismo. Averroes, el filósofo musulmán que habló de la eternidad del mundo; el Dante Alighieri y su *Comedia*; Giotto di Bondone, el escultor florentino que a la vez hacía pintura y arquitectura de excelitud; Marco Polo, el explorador, han alcanzado el derecho a muchas biografías, la mayoría, producidas en nuestro tiempo [Añade que] fue un inglés el renovador del arte de la biografía: Lytton Strachey, exégeta del ir de la reina Victoria y de varios victorianos eminentes (murió en 1932). Su método, por gélido, no convenció nunca; escribía con objetividad, virtud que ni existe, que no puede existir, ya que ningún hombre logra libertarse de su criterio, de sus conocimientos, pasiones, poder de reacción, intenciones; no juzgaba, para el elogio o la condena, simplemente exponía, a la manera de los espejos y su impavidez; en los espejos, el yo es visto por el yo. Después de Strachey se pobló la cultura de las biografías psicológicas, políticas, filosóficas, religiosas, de captación científica, de interés social, de trato romántico —necesidad de “purificar” al personaje, para presentarlo íntegramente “bueno”, o sea falsificado—, de intención proselitista. Después de Stefan Zweig, André Maurois, Gregorio Marañón, Emil Ludwig, los muy válidos escritores de biografías actualmente se llaman Jean Lacouture, François Bluchr, Octavio Paz, Bernard Quillet, Louis Girard, Geneviève Chastner, François Chamoux, Pierre Girard, Henry Troyat, Francine Mallet. En su mayoría franceses.

De esta manera, la biografía en Alfonso Rumazo González se enmarca dentro de un criterio muy severo: “¿Puede ser biografiado quienquiera?”, vuelve a inquirirse. Este criterio será también el de Toynbee, en su *Estudio de la historia*:

La Historia entrega a la biografía los hechos de la vida individual, aunque casi todas las vidas individuales que son de suficiente interés e importancia para hacerlas parecer dignas de ser registradas han sido vividas, no en las sociedades primitivas, sino en una u otra de aquellas sociedades en proceso de civilización que se consideran convencionalmente como provincias de la Historia.

Nietzsche exige dos requisitos: una vida en línea ascendente irrevocable, y una gran obra realizada. Georges Lukács amplía la exigencia así:

Que esa vida haya dado una respuesta social e históricamente posible, necesaria y concreta a los problemas concretos del pueblo. Si la mensura ha de ser más rígida habrá de examinar, lo señala Isaiah Berlin, si esa vida cambió o no la ruta de la historia. La grandeza, en cualquiera de las altas expresiones humanas: política, ciencia, arte, literatura, filosofía, historia, aparece en muy pocos en cada nación.

Es evidente, comento, que los biografiados por Alfonso Rumazo González cumplen con las tres exigencias. La propia vida del escritor, de la cual he hecho una exégesis para la Biblioteca Ayacucho, se sitúa en esas lindes.

La biografía por estas particularidades y en especial por sus relaciones con una teoría del conocimiento que busca la verdad es modalidad diferenciada de la novela histórica. Lo explica Adam Schaff en *Historia y verdad*: “Así, pues, la obra del historiador solamente difiere de la obra del novelista en cuanto que la imagen creada por el historiador está considerada como verdadera”. Marc Bloch, con extrema limpidez respecto de su tarea dirá: “Por escribirla [la historia], según lo entiendo yo, honradamente, verídicamente, y yendo en la medida de lo posible hasta los resortes más ocultos, es decir, difícilmente”. Es evidente, para clarificación de lo anterior, que si el referente en la biografía es un ser histórico, no debería ser tergiversado, ni adulterado, así haya relativas variaciones de sentido pero nunca de significado o de esencia. O en otras palabras que por ser un individuo con identidad plena y de “unidad interior tan perfecta que de por sí se distingue sin más de los demás” se diferencia del particular y del cualquiera. Es apreciación de García Bacca sobre el individuo, o sea el que se impo-

ne y distingue por su individualidad. Y cita al respecto a Galileo, Kant o Einstein. Lo mismo se aplica y con creces, en cuanto a esencia, al individuo histórico.

Alfonso Rumazo ha tratado directamente el tema de la novela de tema histórico con gran profundidad. Y ha escrito que si bien

fue estudiada determinadamente por Lukács en relación con los grandes nombres como Walter Scott, Tolstoi, Heinrich Mann y otros, siempre en ellos se hace presente un respeto a puntos definitivos de la biografía: no dejar de lado las grandes fuerzas motrices de la historia, fuerzas que incluyen el azar y la necesidad; la presencia de las realidades sociológicas como determinantes en la gestación y en la acción del personaje. Hay detrás del biografiado un proceso de masas, de cambios dialécticos que vale considerar [Y acentúa que] no hay que dejar de recordar que “el edificio social de Gurvitch se organiza según cinco arquitecturas fundamentales: los niveles en profundidad, las sociabilidades, los grupos sociales, las sociedades globales y los tiempos; siendo este último andamiaje, el de las temporalidades, el más nuevo y también el de más reciente construcción y como sobre añadido al conjunto” [por otra parte, aplicable también a la biografía], la historia, según sentencia Braudel, se sitúa en tres niveles. En la superficie, una historia episódica, de los acontecimientos, que se inscribe en el tiempo corto, se trata de una microhistoria. A media profundidad, una historia coyuntural de ritmo más amplio y más lento. Más allá del recitativo coyuntural, la historia estructural o de larga duración que encauza siglos enteros.

Estas percepciones de gran seriedad respecto del hecho biográfico y por obra de rebasamiento de la novela de corte histórico, llevan a Alfonso Rumazo González a pronunciarse en relación con determinadas novelas producidas en América en la centuria que acaba de terminar, sobre un mismo tema —el dictador: *El recurso del método* de Carpentier; *Conversación en la catedral* de Vargas Llosa; *Yo, el Supremo* de Roa Bastos y *El otoño del patriarca* de García Márquez. Considera que se trató de un “pequeño boom, una explosión de poco estruendo y de coincidencia calculada por escritores puestos de acuerdo para tratar el tema de las dictaduras en América, a fin de desacreditarlas”. Encuentra que

esto de la desacralización del personaje es en esas obras relativo; el héroe puesto al revés persiste, ha sido elevado a una potencia negativa, y tanto que más bien se torna —en García Márquez y Roa Bastos— intemporal. Aquí se podría hablar de un “carlylismo” a la inversa. Yo creo que la literatura ha ganado con estas novelas; también la política. No la historia, que de

por sí es diferenciadora. Todos los dictadores tratados por estos novelistas llegan a parecerse y, por ende, a desdibujarse; la historia, sin embargo, continuará diciendo que fueron muy distintos entre sí [Aclara que] el aprovechamiento de la historia por la literatura no tiene ninguna novedad en América. Cito unos cuantos nombres, al acaso. Sarmiento la utilizó en *Fa-cundo*; Galván en *Enriquillo*; Azuela en *Los de abajo*; Asturias en *El Señor Presidente*; Benítez Vinuesa en *Argonautas de la selva*; Gallegos Lara en *Las cruces en el agua*; Acevedo Díaz en *Triptico*, relativo a Artigas; Arciniegas en *Los comuneros*. Cabría una larga enumeración. En todo caso, hoy como ayer, hacer historia a través del relato, e historia americana, no es sino insistir en una constante, que ya ha sido señalada, de la narrativa latinoamericana: su vocación de ensayo, y también de panfleto. Si las técnicas se han tornado ahora laberínticas, la intención tratadista persiste, sigue siendo la misma.

Esto en cuanto al predio que le es a Alfonso Rumazo González y nos es común a todos, por americano. En tanto al más cercano a su propia identidad, al de la ribera más próxima —es decir el relacionado con su obra biográfica— descalificará con relación a Manuela Sáenz buena parte —no toda— de las *Memorias* de Boussingault, “que desprestigia y calumnia infamemente a la heroína”. Igualmente en cruzada de justicia *Las cuatro estaciones de Manuela Sáenz* de Victor von Hagen

por haber copiado en buena medida mi *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*; apropiamiento que no da con una realidad histórica ya que le falta el conocimiento de América, del Ecuador, de la historia entera americana. Von Hagen entrega una imagen cinematográfica de la mujer prócera y busca una artista de cine que posa para el retrato que aparece en la portada. Tanto el libro como la fotografía de Manuela Sáenz la han desvirtuado y le han hecho mucho daño. El retrato de von Hagen nada tiene que ver con el verdadero conocido hace pocos años. Fue propiedad de la familia Sáenz.

Rechaza igualmente con indignación por configurar un sofisma tanto la imagen eclesiástica como “la imagen jesuítica del padre Jorge Villalba Freire, que al tratar el tema se atrevió a decir que Manuela Sáenz fue buena cristiana hasta que encontró a Bolívar. Muerto el Libertador volvió a ser nuevamente cristiana”. En cuanto a Denzil Romero a quien refutó palmariamente en vario artículo por su imagen pornográfica de la mujer heroica en *La esposa del doctor Thorne*, se sumó a los libros que aparecieron con tal motivo en su defensa. En término último y dentro de otra de sus cruzadas develó la estulticia de los libros *Manuela, sus diarios perdidos y otros papeles* y *Patriota y amante de usted*, del comerciante ecuatoriano Carlos Álvarez Saa, con otros colabora-

dores —entre ellos Heinz Dieterich—, por apócrifos y aun plagiarios. Y tan ahistóricos que se le hace comparecer a Santander, en acto notariado público, después de 24 años de muerto. Se trata “de la milagrosa resurrección de Santander!”. “Los dos libros —expresa— deben ser radicalmente proscritos de la historiografía americana”.

De haberla conocido habría objetado o mejor aún sonreído volterianamente como lo hago yo frente a *La dama de los perros* de María Eugenia Leefmans, sobre Manuela Sáenz. Apenas si una noveleta rosa con tintes de escandaloso atrevimiento tan pudibundo como adolescente y pseudo-histórica en puntos sustantivos: nunca estuvo el Libertador en Ayacucho, como sostiene y luego rectifica, lo que significa desconocer la magistral acción militar del gran mariscal Antonio José de Sucre y su propia Doctrina Sucre, aparte de la necesidad del Libertador de regresar a Lima, después de Junín; jamás Manuela tuvo una primera relación con un judío; Simón Rodríguez nunca pensó en pecados (eso es no conocer su pensamiento ni haberlo estudiado); tampoco Manuela pudo condolerse de la guerra con palabras lacrimosas si fue la mujer que justificó en carta al Libertador como la acción más humana se aniquilasen a diez para salvar a millones; Thorne la nombró su heredera universal lo cual ella rechazó y no lo que la autora sostiene de un legado parcial: se disminuye así el desprendimiento absoluto de la heroína; amén de sucesivas visitas de Simón Rodríguez a Paita desde Amotape lo cual era imposible porque llegó allí para morir etc.; la noveleta en la “vaguada” —asimismo diluvio intempestivo, sin anuncio y porque sí— de cierto realismo mágico con carácter de etnicidad de lo que a sí mismo se despeña. A más de ofrecer extrema impericia en el manejo del castellano por las anfibologías, mala construcción y desconocimiento del habla y del discurso, entrega finalmente una estructura de muy débil andamiaje, de desconyuntada textualidad en la que, por desconocimiento, la historia y la comarca americana se convierten en simple *set* de celuloide. ¡Hay quien habla de una circularidad cinematográfica! Novela que quiere *ser* histórica en la que indudablemente ni Manuela es Manuela, ni Bolívar es Bolívar, ni Simón Rodríguez es Simón Rodríguez.

No cree, sin embargo Alfonso Rumazo González, “que se respire actualmente un clima de anti-héroes”.

Más bien ha variado el concepto de heroicidad, que antes tenía desmesurada impronta romántica. Henri Lefevre, en su estudio *Lo cotidiano*, habla de una especie de heroicidad de las horas todas, con variantes y grados, a la que está sujeta la inmensa mayoría. En todo caso, los Héroes, con mayúscu-

la siguen brotando, padeciendo, viviendo y dándose: Ghandi, Allende, Marie Curie, Schweitzer, el Che Guevara; Camus y Sartre, con muchos, en la Resistencia francesa, los libertadores de Argel; Eloy Alfaro; hay una lista larga. Aparte de que continúan apareciendo excelentes libros sobre héroes, siempre dentro del nuevo criterio totalizante.

Alfonso Rumazo González se adscribe a tal criterio para su obra biográfica y lo plasma con la orbitalidad de una creación polifónica.

Polifónicas son, hasta constituir magna sinfonía, las *8 grandes biografías*. Este panel de la historia americana configura un metalenguaje de cada uno de los lenguajes que aparecen en una y otra. Vale decir que cada biografía —*Bolívar, Manuela Sáenz, Sucre, Francisco de Miranda, José de San Martín, Daniel Florencio O'Leary, José Martí y Simón Rodríguez*— entregan una partitura completa, desde la sonoridad del instrumento que les es exclusivo. Al final se unen todas en una partitura mayor que concluye en magnífico acorde. Aquí se podría acudir al nuevo sistema crítico literario de García Bacca sobre una partitura conceptual-astronómica-musical, aplicado por él a Mallarmé y que yo en ensayo consideré plausible para varias otras, muy específicas obras; en el caso de Venezuela la de Andrés Eloy Blanco. Las *8 grandes biografías* rotan en derredor de una realidad ideológica revolucionaria, de un mismo periodo histórico —Martí, es algo posterior— ofreciendo cada una su propia significación. Y en término final se percibe el gran movimiento unitario: la sinfonía que entrelaza a unos y otros personajes, a unas y otras melodías, dentro de su muy particular libertad, identidad y sonoridad. Se reproduce así, como señala Bajtín de Dostoiewski, “la unidad artística de la música polifónica, las cinco voces de la fuga que se introducen paulatinamente y se desarrollan en un contrapunto. La esencia de la polifonía consiste precisamente en que sus voces permanezcan independientes y como tales se combinen en una unidad de orden superior en comparación con la homofonía”.

Esta polifonía es vista por Alfonso Rumazo González como una gran familia. Y así lo expresa en la alocución ya nombrada en Miraflores. Dice el biógrafo de los rebeldes:

Quando yo plasmaba la biografía de Manuela Sáenz, advertí que había en la historia de América una gran familia de excepción, presente en los siglos dieciocho y diecinueve; familia de miembros que habían actuado heroicamente en el continente hispanoamericano desde Río Grande de México hasta la Patagonia, zona inmensa; hicieron de testigos el gigantesco lomo andino y los dos océanos. Eran los Próceres, que formaron de la Libertad una conciencia, y se lanzaron a combatir en una hazaña que tomó de 1783 a

1898. Los doce miembros de esa familia de superexcepción en la historia, trazaron la admirable elipse de la Libertad para el hombre hispanoamericano. Los doce de aquella grandeza suma fueron: Bolívar, Manuela Sáenz y Sucre (primer tomo de la obra que se entrega hoy); Miranda, José Martí y O'Leary (tomo segundo), y el General San Martín y Simón Rodríguez (tomo tercero). No sabía yo hasta dónde iría en mi decisión de escribir las biografías de aquellos doce. He llegado sólo a ocho. Me faltó vida para estudiar a O'Higgins, el admirable dúo mexicano Hidalgo-Morelos, Artigas y Morazán. Empecé con coraje y tenacidad la magna tarea de biografiar a todos y cada uno de aquellos preeminentes líderes, a sus tropas, a su pueblo, al elemento civil que se sacrificaba honrosamente. Sin minimizar al enemigo, que era uno solo, ¡poderoso! España. El empeño significaba destruir un imperio, el imperio español colonialista y su ideología de atávico caminar, que los líderes tomaron como determinación suya.

Hay indudablemente además del musical en las *8 grandes biografías* un sistema astronómico. Insisto en que tal captación se aparta del criterio decimonónico del héroe, inscrito en un enfoque individualista y periférico. Las constelaciones, así nombradas por García Bacca para tal sistema, son cada uno de los biografiados, que giran en torno de un eje común. Constelaciones que no están solas —insisto en la cauda que las acompaña— y que llevan por eso consigo la muchedumbre de los pueblos, de las ideas, de los procesos históricos. Hasta lograr la gran polifonía. Un escritor de menor ímpetu tratándose de un tema unitario —el proceso de independencia en América— se habría quedado en lo repetitivo, con algunas alteraciones menores. La pleamar no se hubiera convertido en el gran océano. Pero no es así. Todas las biografías son distintas y tienen que serlo. La de Miranda es extraordinaria por el señalamiento de puntos sustantivos en torno al protolider, no entrevistados hasta entonces; aparecen en el “Galeato” que antecede a la biografía. La de San Martín que se relaciona con la de Bolívar, anterior a su aparición, deja de lado el costado fácil; o sea satisfacer el contrapunto desde lo ya escrito sobre el Libertador y repetirlo para acrecentamiento propio. Al contrario. Es justamente en este texto original en el que Bolívar y San Martín configuran una contraposición dialógica, independiente, advertida antes pero desde muy diferenciada funcionalidad. La estructura está sujeta a funciones y esto se hace evidente, plausible, notorio. Allí, por ejemplo, se estudian además de la magna complejidad de dos procesos de liberación diferenciados, de dos desarrollos de la guerra de independencia contrapuestos, la proyección de cada uno de los personajes, siempre dentro de una intrínseca identidad, de un polifacetismo particular, de la complejidad de las

propias vivencias y captaciones. Si existen realidades indisolubles de relación —la Independencia— la manera de ejecutarlas es tanto unitaria como disímil en los dos generales. En Manuela Sáenz, Alfonso Rumazo González, seguidor de Braudel y su *Historia y las ciencias sociales*, se detiene justamente en el basamento social y se refiere en primer término “a la corrupción colonial que ya había sido delatada por el arzobispo ecuatoriano González Suárez y por los enviados reales Jorge Juan y Antonio de Ulloa”. El panorama de los próceres es tratado también desde la cultura. Así el ideario de Simón Rodríguez que también sustenta la biografía —plasmado *in extenso*, en libro independiente— presenta catorce temas diferentes, de increíble proyección nueva, renovadora. Lo mismo sucede con Miranda. Martí, que constituye la primera biografía sobre el prócer, es visto desde la política sin dejar de lado la escritura. De esa manera, cada biografía hace su aportación.

Recurriendo nuevamente a Bajtin —en este caso a su captación del héroe dostoiewskiano— se advierte que ciertos de sus postulados podrían iluminar desde un criterio crítico algunas de las particularidades de las biografías plasmadas por Alfonso Rumazo González. O sea que si a Dostoiewski “el héroe le interesa en tanto que es un punto de vista particular sobre el mundo y sobre sí mismo, como una posición plena de sentido que valora la actitud del hombre hacia sí mismo y hacia la realidad circundante”, a Alfonso Rumazo González le pasa algo semejante pero con un radial infinitamente mayor; es decir, el héroe como expresión de un estamento social y de una conciencia colectiva que aún puede anunciar un futuro. Del mismo modo podría decirse del biógrafo: “La autoconciencia en tanto que dominante artística de la estructuración de la imagen del héroe es de por sí suficiente para desintegrar la unidad monológica del mundo artístico, pero con la condición de que el héroe como autoconciencia efectivamente se represente y no se exprese. es decir, que no se funda con el autor, que no llegue a ser su portavoz”. En suma que autor y personaje, sin perder una intensa penetración, mantengan su independencia.

En ocasión de la presentación de sus *8 grandes biografías*, Alfonso Rumazo González expresó su captación del héroe, al que no sustrajo ni de amplitud ni de encarnadura. Expresó así:

Al terminar una biografía, me decía: es América la que ha dado esta clase de hombres, tan encumbrados como los europeos de cualquier época. América empezaba a mostrarse ante el mundo, con pundonor y calidad. La “nuestra América” de Martí. Por otra parte, he de confesar que quería ver, penetrar en

el hombre en su máxima expresión humana, en su virilidad conquistadora. Como un héroe se daba a la acción, sin reposo, a sabiendas que esa acción era lo que le hacía heroico: que era motivo por excelencia. Contemplar al hombre líder en su suprema capacidad, para yo poder decir: he visto al hombre en la plenitud de su última tensión; más allá de allí, la cuerda se rompería. El héroe es un condensado de muchos hombres; por ser distinto, resulta insustituible. Un héroe puede ser un general o un sargento, un soldado; un civil que se sacrifica y hasta muere por la libertad; una mujer de pueblo que acompaña a la tropa, para vendar las heridas después del combate. He de repetir aquí la definición que dio Maurice Blanchot del superhombre. “Es aquel, dice, que conduce al hombre a ser lo que debe ser: una superación”.

Me he detenido en puntos sustantivos del hecho biográfico, siempre en relación con el maestro Alfonso Rumazo González: la biografía y la historia; el documento; la nueva concepción sobre el género literario; la novelahistórica; la partitura ontológico-musical-astronómica; la captación del héroe; la polifonía. Faltan otros.

Entre éstos: ¿cuál es la teoría del conocimiento histórico en las biografías de Alfonso Rumazo González? Y cómo desde ella defendió la verdad y su verdad. Es evidente que conoció en profundidad la teoría en general y sus varias versiones. Supo de la historiografía positivista representada por Ranke, Fustel de Coulanges y otros; no aceptó aquello de Ranke de que “el conocimiento histórico es posible como reflejo fiel —exento de cualquier factor subjetivo— de los hechos del pasado”. Al contrario dirá Rumazo González: “no he caído en la pobreza de reconstruir el pasado. He observado, en el pasado, la duración del hombre en la historia, en el tiempo. Al estudiar los doce líderes, y muy especialmente los ocho biografiados, he visto que el ayer, para ellos, significa continuidad en la historia”. O sea que creyó más bien en Marc Bloch, como ya he señalado: “El historiador piensa no sólo lo ‘humano’. La atmósfera en que su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración”.

No siguió tampoco ni el intuicionismo ni el presentismo de Croce y sus continuadores a causa del predominio otorgado al subjetivismo y a la historiografía de partido. Sin embargo le pareció acertada la captación de Dewey de que “cada presente tiene su pasado; cada presente reescribe la historia, y que necesariamente aparecen nuevos puntos de vista, nuevos juicios y nuevos criterios”. Y que si “el conocimiento es un proceso infinito, pero un proceso que acumula verdades parciales que la humanidad establece en las distintas etapas de su desarrollo histórico”, el historiador queda justificado por sí mismo, al registrar

cada acumulación. En todo caso, con la anotación sustancial de que esas apreciaciones no dan pie a un relativismo absoluto sino sólo a un criterio histórico más ampliado.

Conocedor de las estructuras y de las superestructuras, cita el paralelogramo de Engels:

La gran guerra de emancipación, en la América Meridional, tomará catorce años (1810-1824) y abrirá su rumbo de sangre, sobre todo bajo el comando de dos líderes extraordinarios: Simón Bolívar y José de San Martín. Combatirán y estructurarán patrias: con el venezolano, los Sucre, Páez, Roscio, Arismendi, Piar, Zea, Santander, Mariño, Bermúdez, Gual, Ribas, Urdaneta, Anzoátegui, tantos más; con el argentino, Álvarez de Arenales, Alvarado, Guido, Monteagudo, La Mar, Pueyrredón, Rivadavia, O'Higgins, Balcárcel, Unánue, Las Heras, Fray Luis Beltrán, Alvear, Cochrane, y tantos otros. Nombres y más nombres de dirigentes militares y civiles. Todos ellos plasmarán la historia emancipadora. La historia la hacen los hombres, pero inmersos —según la certera observación engeliana— en un paralelogramo de circunstancias políticas, económicas, sociales y culturales. La magna guerra va a ser política, ante todo; por lo mismo, a su terminación en Ayacucho, quedará inconclusa. Se habrá conseguido la independencia; no la libertad económico-social.

Su teoría del conocimiento histórico no versa así sobre la verdad absoluta, sino sobre la verdad como proceso. Y desde éste, y justamente en él encontrar el juicio verdadero. Y “un juicio es verdadero cuando de él se puede decir que lo que enuncia existe en la realidad tal como lo enuncia”, explica Adam Schaff en *Historia y verdad*.

La verdad sin embargo y desde una óptica mayor hay que observarla inmersa dentro de un profundo proceso histórico. Se trata en este caso —el de la totalidad panorámica que plasman las 8 *grandes biografías*— de la insurgencia global de un continente contra el despotismo colonial; de la emancipación de todos los órdenes y no sólo del político y del militar; de la transmutación en hombres libres a los que habían sido hasta entonces siervos y así educarlos; de la búsqueda de una identidad propia; del logro de la justicia una vez garantizada la libertad que debe existir entre hombres libres e iguales; del hacer del continente una serie de repúblicas; de la consecución de la integración de los pueblos; de la mestización racial y cultural. Suma que Leopoldo Zea define así:

Doble faz de esta América de la que se tendrían, alguna vez, que perfilar los rasgos de un solo gran rostro, de una sola identidad, el buscado rostro de la

América empeñada en larga lucha contra sí misma; la América del conquistador enfrentada a la del libertador, los hábitos de la servidumbre enfrentados al latente espíritu de la libertad. Ambas expresiones dentro de todos y cada uno de los hijos de España en América.

Suma en fin que se corresponde con una serie de proyectos sucesivos, presentes en la historia de las ideas filosóficas en América y que han mostrado cómo lo inicialmente absorbido y más que eso, yuxtapuesto durante la conquista y colonización, transita después por el camino de la independencia y no de la entrega a una expresión eurocentrista. El proyecto liberador americano, con sus dos vertientes conservadora y civilizadora, deriva en el proyecto asuntivo, “que se propondrá recuperar la realidad propia de esta América, asimilándola y asumiéndola”. Y buscará superar “los errores propios del conservadurismo, empeñado tan sólo en mantener el pasado, como los errores del proyecto civilizador, queriendo ignorar el pasado”. Ideología, según Leopoldo Zea, distinta de la hegeliana puesto que busca la libertad y no la conquista:

Filosofía de la historia que se inicia como toma de conciencia de la dependencia y de la necesidad de liberación de los pueblos que la sufren. Filosofía que se encarna en un Simón Bolívar y se cierra en un José Martí. Proyecto que hace suyo el proyecto libertario, pero que plantea la necesidad de realizar el proyecto igualitario.

Y que Alfonso Rumazo González explica y aborda en una y otra biografías, justamente porque se trata dentro de la productividad del texto de ofrecer la encarnadura del proyecto liberador americano, de inigualada significación. Profesión de fe de todos los biografiados y proyecto, en Simón Rodríguez, de creación de un pensamiento tan enrumbador y original que lo hace a él mismo exclamar: “Hay ideas que no son del tiempo presente aunque sean modernas, ni de moda aunque sean nuevas. Por querer enseñar más de lo que todos aprenden pocos me han entendido, muchos me han despreciado”. Biografía la de Simón Rodríguez que se completa con dos libros más: *Ideario de Simón Rodríguez* y *Pensamiento de Simón Rodríguez*, justamente para examinar la filosofía de la historia americana desde ese pensamiento creador.

Es más que evidente que Alfonso Rumazo González concede la mayor atención en sus biografías a los procesos históricos y a la historia de las ideas en América. No haberlo hecho significaría falta de profundidad y de seriedad. No podía, a fuer de ejemplo, dejar de estudiar a Voltaire, Rousseau y en general a los enciclopedistas y no profundi-

zar en el pensamiento filosófico que preparó la Revolución de 1789, germen de la nuestra, americana. O no seguir el rastro de las otras revoluciones, la inglesa y la norteamericana que en unidad de sustantivas otras realidades nacidas y gestadas en América e incluso algunas provenientes de España, todas de espectro vario —político, económico, social, cultural— fundamentaron nuestra insurgencia. Y respecto de la francesa, por ejemplo, conoció el biógrafo, dentro de la responsabilidad que lo caracterizó, a los pensadores que vinieron después de los enciclopedistas hasta el hoy y también analizaron esa conflagración. Vale decir Michelet, Tocqueville, Taine, Jean Jaures, Albert Mathiez. Georges Lefebvre y otros con sus diferentes postulados a veces contrastados pero indagadores siempre de la base o existencia social con sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción, a la par de la superestructura de las ideas, de las opiniones y el gran motor conceptual. Y vibrando dentro un pensamiento político que hizo posible la gran conmoción revolucionaria.

Ya en América el pensamiento político de la emancipación adquiere sus propias razones, siempre dentro de lo suyo consustancial: base, estructuras y demás. Va por singular camino y esto lo hace ver el biógrafo en cada una de sus producciones. Como coordinador, por encargo del maestro Leopoldo Zea, del tomo *Historia de las ideas en el siglo XIX* en América Latina, propulsado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, Alfonso Rumazo aprobó con otros en la Segunda Reunión de Consulta de Especialistas sobre Historia de las Ideas que se efectuara en Caracas en julio de 1984 el proyecto de ese Centro en el cual se estatuyó que

se localizan dos grandes fuentes ideológicas del pensamiento independentista. Una es la tradición teológica española de los siglos XVI y XVII, representada entre otros, por Vitoria, Suárez y Mariana. La otra es la Ilustración que, compatible, en cierta forma con la tradición señalada, matizó las ideas de Rousseau, Voltaire y Montesquieu, y se resolvió en un eclecticismo, lo mismo en España que en Hispanoamérica. Eclecticismo que, por otro lado, ya venía produciéndose desde mediados del siglo XVIII. Clavijero, Alegre, Landívar, Espejo, al igual que Jovellanos, Cadalso, Cabarrús, tratan de conciliar los conceptos religiosos tradicionales del universo español con los conceptos jurídicos, sociales y empíricos que constituyen la vanguardia de la época. Otro tema corresponde a la ideología de las insurrecciones raciales, algunas antecedentes de la independencia como la de Túpac Amaru y la de Yanga y otras propiamente independentistas como la de Haití.

Además se enfatizó en la abolición de la esclavitud; en los conceptos de clase y de raza; en la ideología del poder político que se diseña en plena guerra de independencia y que se relaciona con la presidencia vitalicia, la monarquía, el republicanismo a la manera norteamericana, el federalismo, el centralismo y sistemas intermedios; en la estructura social de los ejércitos; en la idea de lo nacional en los jefes insurgentes; en la moral cívica; en el problema de la reforma agraria; en la formación de la anfictionía americana con una concepción supranacional et-cétera.

Coincide por todo ello el biógrafo de América con José Luis Romero que sintetiza en el volumen *Pensamiento político de la emancipación* que

el movimiento emancipador no sólo afirmó su decisión de separarse de España sino que reveló con sus primeros pasos que tenía un contenido social y político. Era, acaso, difuso y contradictorio. Revelaba la presencia de influencias diversas. Manifestaba las contradicciones entre la realidad y los modelos políticos que parecían inspirarlos. Pero sus líneas generales eran perceptibles y se volvía a ellas aunque fuera a través de muchos laberintos. Hubo, sin duda, un pensamiento político de la emancipación [y] prácticamente y cualesquiera hayan sido los modelos políticos preferidos, una nueva imagen de la sociedad política acompañó todos los procesos emancipadores.

Tal el caso de Miranda, estudiado por Alfonso Rumazo González, que si bien tuvo predilección por el modelo político inglés antes que por el francés dio a la América una normativa propia. Y el de Simón Rodríguez y su apego por el sistema republicano, puesto de presente en sus obras, siempre desde un espíritu americano creador. Y en Bolívar, además de su magno empeño libertario, novador y civilizatorio, de su visión unificadora de alcance continental, en medio de la conflagración, la transformación del pasado —al que asume dialécticamente— para “construir a sangre y fuego un nuevo orden político, social y económico”. Realidad señalada por Romero y subrayada por el biógrafo en su extraordinario estudio del Libertador. Y la pugna entre los sistemas centralistas y federalistas, en uno u otro prócer, también analizada por Rumazo González. Amén de lo mucho otro político, como fue la concepción de la unificación americana, bien a través de la Gran Colombia o del Congreso Anfictionico de Panamá.

La emancipación americana, revolución en el integral sentido que le da Crane Brinton a las cuatro grandes que estudia en su libro *Anatomía de la revolución*: la inglesa, la francesa, la norteamericana y la

rusa es entendida por Alfonso Rumazo González como un proceso pleno de integración. Para así juzgarla utiliza el método de los conjuntos.

La guerra de emancipación que duró catorce años (1810-1824), constituyó una auténtica integración americana; fue una palpitante expresión de unidad y de reto conjunto. Bolívar, San Martín, O Higgins; los cura Hidalgo, Morelos y Delgado, Artigas y todos los demás "anti-héroes hegelianos" (Zea), echaron a sus pueblos a la ardua batalla, muy sangrienta batalla, portadores de una única bandera ¡Por América! ¡Por América en la libertad! Las tropas de la Gran Colombia llegaron a Potosí y de ahí retornaron a sus lares, sin haber pedido nada ni retenido nada. Los soldados rioplatenses y chilenos fueron a desembocar en Lima, y asimismo regresaron a sus tierras, cumplida la única tarea de todos: emancipar; era su consigna y su honor de militares. Nada de conquista, ni de sometimientos, ni de empresa por ambición. Los héroes americanos todos, fueron grandes sacrificios. Tal vez nunca como entonces el espíritu general pudo llamarse americano. Los batallones en Ayacucho, Maipo, Las Piedras combatieron por un propósito noble y no por el territorio que ponían en salvación con su sacrificio. No hubo varias guerras de independencia en Latinoamérica, sino varios jefes y varios contingentes de una única magna hazaña. Los dos capitanes mayores, eb Guayaquil se abrazaron el mismo año 1822 en que el Brasil se libertaba también con Pedro I como emperador constitucional.

Con este bagaje de puntualizaciones sobre la biografía y en especial sobre la biografía en Alfonso Rumazo González me acojo en término último a Toynbee que realizó la exégesis de veintidós civilizaciones, como "campos inteligibles de estudio histórico". Alfonso Rumazo González las califica como "hecho presente y en presencia dentro de la historia", y toma en cuenta la anotación de que "siete de ellas viven aún, catorce se han extinguido, y de éstas tres por lo menos alcanzaran "la aurora de la historia". Estas civilizaciones son, analiza Toynbee, respuesta a las seiscientos cincuenta sociedades primitivas y constituyen expresión, según lo estudia, del Yang -osea lo rebelde y creador- frente al Yin que es lo estático y en decadencia de las segundas. Esta respuesta de erguida potencia a las incitaciones es el sustrato de los biografiados por el maestro de América y entra por tanto en el camino de lo civilizatorio. Ninguno de ellos, dentro de la civilización occidental, dejó de ser civilizador: Miranda, Bolívar, Sucre, Manuel Sáenz -la primera mujer con conciencia continental -, O'Leary, San Martín, Simón Rodríguez, José Martí. Honor que se suma a todo lo mucho ya dicho sobre ellos y naturalmente sobre Alfonso Rumazo González, otro gran civilizador.

Para finalizar quiero puntualizar que esta legitimación mía de la biografía y de la biografía en Alfonso Rumazo González procede de una exigencia de conocimiento y de cultura. De justicia además frente a quienes no lo han leído o por lo menos no han hecho la lectura verdadera según "loción", y que como pide García Bacca se hagan las lecturas. Palabra y concepto puestos por el gran filósofo nuevamente en circulación, renacientes sin estar perdidos y que él rescata en su libro póstumo *Sobre filantropía*. "Loción" que pide del lector una asunción completa del texto, apersonada, integra como se escucha, entiende y juzga una partitura. Y que es la que demanda la obra de Alfonso Rumazo González por su grafismo dilatado y denso, en treinta títulos publicados y en más de seis mil artículos y numerosos ensayos. Desde esa su concepción sinfónica consideró que biografiar a los máximos héroes de la Independencia no sólo era exponer un caso único en la historia universal sino entregar la ideología de la libertad; la libertad entendida como fenómeno continental y sobre todo como bien mayor de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1970.
- Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1984.
- García Bacca, Juan David, *Antropología filosófica contemporánea*, Barcelona, Anthropos, 1982 (col. *Pensamiento crítico/pensamiento utópico*), vol. I.
- _____, *Antropología y ciencias contemporáneas*, Barcelona, Anthropos, 1983 (col. *Pensamiento crítico/pensamiento utópico*), vol. 2.
- Romero, José Luis y Luis Alberto Romero, *Pensamiento político de la emancipación*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1977 (col. *Clásica*), vol. XXIII.
- Rumazo González, Alfonso, *Obra de Alfonso Rumazo González*, Caracas, Edición homenaje de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela, 2000.
- Schaff, Adam, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1974.
- Toynbee, Arnold, *Estudio de la historia*, compendio t/IV, Madrid, Alianza, 1980.
- Zea, Leopoldo, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978 (col. Tierra Firme).
- _____, *La filosofía como compromiso de la liberación*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1991 (col. *Clásica*, vol. CLX).
- _____, *Regreso de las carabelas*, México, Paradigma, 1993.